

González: el empuje de la democracia

Para el líder español, la unión de América latina y Europa será el vehículo de concordia que anule el recelo de las superpotencias

Por ARMANDO PUENTE

En la primavera del '76, cuando el entonces ministro del Interior español cerró el Club Internacional de Prensa, la rueda de prensa tuvo que celebrarse ante la puerta, en la calle. Entonces vestía chomba, camisa a cuadros y jeans, tenía el aire de un líder del mayo francés y todavía se hacía llamar por el nombre empleado en la clandestinidad: "Isidoro".

Hoy, a sólo ocho años, don Felipe González, presidente del gobierno español, nos recibe en el Palacio de la Moncloa, en un marco dieciochesco, decorado con tapices de Goya. Ya no es el muchacho de la primavera revolucionaria. Viste un abrigo azul oscuro, camisa blanca, y en sus sienes hay desde hace unos meses las primeras canas. El joven activista se ha convertido en un hombre de Estado, y como tal piensa y habla. Dentro de 48 horas viajará a Buenos Aires.

Es mi primer viaje a la Argentina. Hace mucho que deseaba ir, y la imposibilidad me producía una cierta frustración. No sería justo decir que me lo prohibió la Junta Militar, como lo hizo Pinochet en Chile. Más bien que los condicionamientos que me puso no me parecían aceptables e imposibilitaron el viaje."

He aquí el hombre de Estado.

—La prensa española ha dicho que su consulado en Buenos Aires está ejerciendo presiones para conocer la suerte de 27 españoles desaparecidos.

—Creo que no existe necesidad de ejercer presión alguna, dado que la voluntad del doctor Alfonsín para esclarecer los hechos está fuera de toda duda. Nosotros tenemos confianza en el bien hacer de la nascente democracia argentina.

—El Mercado Común Europeo ha cerrado las puertas a las exportaciones tradicionales latinoamericanas, y naturalmente argentinas, de carnes y cereales. La entrada de España en el Mercado Común significará el cierre definitivo de ese Mercado. Aparte de las expresiones de buena voluntad de España como vocero de Latinoamérica y Argentina, como nuestro defensor ante la Europa del Mercado

Común, ¿qué podemos esperar en concreto, prácticamente, del gobierno de Madrid?

—Empecemos por la situación actual. Fijese que la conferencia de Atenas ha concluido sin que los países miembros del Mercado Común hayan podido siquiera ponerse de acuerdo para redactar un comunicado final. Por eso, hablar hoy del Mercado Común Europeo es una abstracción. La Europa comunitaria está en un momento crítico. Realmente, los españoles tenemos más confianza en Europa que los restantes europeos, quizá porque no hemos formado parte de la comunidad ni hemos estado sometidos a 30 años de desgaste. El problema europeo es una crisis de identidad. Durante años, décadas, Europa se ha identificado con los imperios coloniales. Ya no existen, pero Europa no se encontrará a sí misma si se cierra, si no se desarrolla en el que fue su desarrollo de influencia. Latinoamérica es sustancial para esa Europa, que no será capaz de jugar ningún papel si no comprende que le corresponde una función de equilibrio entre las dos superpotencias. El diálogo Norte-Sur sólo será posible hacerlo entre Europa y Latinoamérica. Las otras dos superpotencias crean recelos. Dentro de ese marco es donde están las posibilidades de una cooperación autónoma. Ningún país europeo puede alcanzar a tener un papel relevante en la política mundial. Sólo una Europa unida puede tenerlo.

—La prensa madrileña, y la Argentina haciéndose eco de ésta, lleva días hablando de la cumbre iberoamericana que usted se propone celebrar en Buenos Aires.

—Ese nombre de reunión cumbre se la han dado algunos periodistas, no yo. Mi pensamiento es que existe un motivo feliz que nos reúne a todos en Buenos Aires, dirigentes del mundo de habla hispana que no nos vamos a encontrar fácilmente en los meses venideros. Yo no he propuesto celebrar una reunión en casa de otro. Yo lo que he propuesto es que en torno a una mesa, a unos manteles, celebremos una conversación amistosa, sin lugar hay. Creo que una aproximación

técnica del problema y sólo después celebrar una reunión de carácter político. Primero deben reunirse los banqueros, los acreedores. Yo tengo alguna idea de cuál debería ser esa respuesta técnica viable, pero no será el actual viaje a Buenos Aires el momento para plantearla.

—Pesqueros españoles están faenando en aguas de las Malvinas, en virtud de un acuerdo con las autoridades británicas. Se nos ha informado de que, como compensación, transportan determinadas cargas desde puertos ingleses hasta el archipiélago. ¿Qué puede decirnos de eso?

—Hasta ahora, mi gobierno no ha recibido ninguna queja al respecto del gobierno argentino. No existen pruebas de las informaciones aparecidas en la prensa, más aún, yo pienso que en alguna de ellas puede haber existido una intencionalidad de fondo, una motivación, admito que quizás inconsciente. Me cuesta trabajo creer que esos navíos, si es que operan en tales aguas, estén realizando actividades ajenas a las pesqueras, que desde luego se opondrían a lo que es la política de mi gobierno. Pero tiene que tener en cuenta que a veces el pesquero que zarpa de nuestros puertos declara dirigirse a un punto y luego lo hace a otro, modificando lo que figura en el registro de ruta. Nosotros sólo podemos controlar las actividades que desarrollan en nuestras aguas territoriales. Pero nuestra voluntad no es esa, no es que se pueda, hipotéticamente, realizar pescas en aguas de las Malvinas.

—¿Cree que el triunfo socialista español y su gobierno han influido en el resultado electoral argentino?

—Tengo dudas racionales. Yo no he pretendido jamás capitalizar un triunfo en otro país. Ayer triunfó en Venezuela el candidato de Acción Democrática, con quien anoche hablé largamente por teléfono, y sin embargo no se me ha ocurrido hacer comentario alguno de que eso significa que hay una orientación socialista en la América latina. Cada pueblo tiene sus condicionamientos propios, puede haber reflejos remotos, pero no un fenómeno de contagio.

—Es decir, que el de la instauración de una demo-



González propugna la unión de América latina y Europa como factor mundial de pacificación

cracia en la Argentina no influirá en el Cono Sur.

—Hablar de contagios en países vecinos puede frenar la dinámica de cambio que hay en ellos. Eso lo han comprendido los políticos argentinos. Su país tiene un peso específico en el continente, pero, repito, no existen modelos exportables. Lo que sí creo es que se vive en Latinoamérica un proceso de recuperación de las libertades, en paz. Y que, a lo mejor, cuando lleguemos a 1992 y celebremos el quinto centenario del Descubrimiento, quinientos millones de hispanos podremos hacerlo en libertad, sin presos, en democracia.

—Como vicepresidente de la Internacional Socialista, ¿qué nos dice usted de los cambios que se están operando en Latinoamérica?

—Para mí, lo importante es que se va fortaleciendo la democracia, instaurándose gobiernos democráticos. Yo he defendido, meses atrás, que lo importante para la Argentina era estar cerca, apoyar, a los que querían una democracia, fuera cual fuera el color del partido. Yo soy ami-

go de los líderes socialistas chilenos y conozco a los de los diversos partidos socialistas argentinos. Algunos compañeros de la Internacional Socialista me decían que lo importante era apoyar a uno u otro de estos partidos socialistas. Yo les decía que lo importante en la Argentina era restaurar el sistema democrático. Tengo un amigo, el presidente colombiano Betancur, que es conservador. Por supuesto, me siento más satisfecho que en Venezuela haya ganado el "Adco" Lusinchi que el demócrata cristiano Caldera, ya que el primero, además de amigo, es compañero.

—Y en el caso argentino, ¿prefiere que haya ganado el candidato radical al peronista?

—Es distinto que en Venezuela. Allí resulta más nítido. Respecto de la Argentina, he mantenido el mismo grado de relación con los justicialistas que con los radicales. Bien es cierto que a Raúl Alfonsín tuve ocasión de tratarlo personalmente durante dos horas, poco antes de iniciarse la campaña electoral. Tuve con él un

contacto humano que no tuvo oportunidad de sostener con Luder. Pero, repito, nos hemos mantenido a la misma distancia.

—En España existen más de 80.000 argentinos, de ellos muchos exiliados. ¿Cuál es su idea respecto de ellos?

—Tenemos exiliados argentinos que han trabajado estos años en nuestro partido, a nuestro lado. De ellos, tengo una grata experiencia inmediata. Tengo también una vivencia mediata de intelectuales y artistas que aquí viven o por aquí han pasado. Lo que puedo decirle es que todo exiliado tiende a perder la perspectiva de la situación interna de su país, es incapaz de juzgar lo que pasa en él, ya que algunas ideas se les han enquistado. Respecto del retorno de los exiliados, hay una especial sensibilidad de la sociedad que va a recibir a los que regresan. Un fenómeno de rechazo en ciertos casos, porque pueden resultarles competitivos. Eso pasa, sobre todo, cuando se trata de recuperar los cerebros que han marchado al exterior.